



ARISTÓTELES

DAVID W. ROSS

GREDOS



ARISTÓTELES

DAVID W. ROSS

ARISTÓTELES

INTRODUCCIÓN DE
JOHN L. ACKRILL

TRADUCCIÓN DE
FRANCISCO LÓPEZ MARTÍN

GEDOS

Título original inglés: *Aristotle*.
© Sir David Ross, 1923, 1930, 1937, 1945, 1949, 1964.
© The Estate of David Ross, 1995.
© de la introducción y del material nuevo: John L. Ackrill, 1995.
Todos los derechos reservados.
Traducción de la edición inglesa de la obra autorizada por
Routledge, miembro del Taylor & Francis Group.
© de la traducción: Francisco López Martín, 2013.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2022.
Avda. Diagonal, 189 – 08018 Barcelona
www.rbalibros.com

Primera edición: junio de 2013.
Primera edición en esta colección: octubre de 2022.

RBA · GREDOS
REF.: GEBO579
ISBN: 978-84-2494-039-3

EL TALLER DEL LLIBRE, S. L. • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

CONTENIDO

Prefacio, 9

Introducción, por Jhon L. Ackrill, 11

ARISTÓTELES

1. VIDA Y OBRA, 21
2. LÓGICA, 37
3. FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA, 81
4. BIOLOGÍA, 135
5. PSICOLOGÍA, 151
6. METAFÍSICA, 177
7. ÉTICA, 211
8. POLÍTICA, 261
9. RETÓRICA Y POÉTICA, 299

Notas, 319

Nota bibliográfica, 345

Breve bibliografía, 347

Sucesores y comentaristas de Aristóteles, 355

Índice analítico y de nombres, 357

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Sobre Aristóteles podrían escribirse varios tipos de libros que quizá mereciera la pena leer. En uno, podría mostrarse que casi todo su pensamiento es un mosaico de préstamos tomados de sus predecesores, pero transformado por la fuerza de su genio en un sistema de una asombrosa originalidad. En otro, podría intentarse trazar el desarrollo cronológico de su pensamiento; es lo que ha hecho recientemente y con resultados muy satisfactorios el profesor W. Jaeger, en un libro del que habría bebido yo con mayor abundancia de haberlo conocido antes de que el mío estuviera en prensa. En otro, podría seguirse la penetrante influencia de Aristóteles en la filosofía de los siglos posteriores. No me he propuesto ninguna de esas tareas, sino que he tratado, sencillamente, de explicar los principales rasgos de su filosofía tal como se nos presenta en sus obras. Apenas he vertido crítica sobre ella. Si es verdad que «die Weltgeschichte ist das Weltgericht», es especialmente cierto que la historia de la filosofía es una crítica implícita a los sistemas previos de pensamiento. Lo que hay de verdadero en Aristóteles se ha convertido en parte —y no pequeña, precisamente— de la herencia de todos los hombres formados; lo que tiene de falso ha sido rechazado gradualmente, con lo que la crítica explícita apenas es necesaria.

He contraído una deuda especial con los dos maestros de los que más he aprendido sobre Aristóteles, el señor R. P. Hardie y el profesor J. A. Smith; también, quiero expresar mi gratitud al teniente coronel A. S. L. Farquharson, que ha leído las pruebas y me ha brindado muchos buenos consejos. Entre los libros de publicación reciente, *Die Syllogistik des Aristoteles*, del profesor H. Maier, *Introduction à la Physique Aristotélicienne*, del profesor A. Mansion y la edición de *De Generatione et Co-*

rruptione preparada por el profesor H. H. Joachim son los que me han parecido más útiles.

W. D. ROSS

15 de septiembre de 1923

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN (1930)

Al dar a la imprenta esta edición revisada, quiero expresar mi gratitud al profesor H. H. Joachim, miembro de la Academia Británica, por los extensos y meticulosos comentarios a la primera edición que tuvo la bondad de enviarme, y también al difunto profesor W. Rhys Roberts y al señor H. W. B. Joseph por sus valiosas indicaciones. Espero que esta edición se haya beneficiado considerablemente de sus observaciones y de las de otros críticos.

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN (1937)

En esta edición he introducido diversas correcciones y he actualizado la bibliografía.

PREFACIO A LA CUARTA EDICIÓN (1945)

En esta edición he introducido diversas correcciones y he actualizado la bibliografía.

PREFACIO A LA QUINTA EDICIÓN (1949)

Tanto en esta edición como en su reimpresión de 1953 he vuelto a actualizar la bibliografía.

INTRODUCCIÓN

por

JOHN. L. ACKRILL

El libro que el lector tiene en las manos proporciona una explicación concisa y detallada de las obras filosóficas de Aristóteles. La mejor de todas cuantas se han escrito. En la presente Introducción, primero ofreceré unas notas sobre David Ross y este libro, y después haré un esbozo de los caminos tomados en la investigación de la filosofía de Aristóteles desde la época en que lo escribió.

Sir David Ross nació en 1877 y murió en 1971. Dejó su huella en la vida pública y en la universidad, donde ejerció la docencia y se encargó de tareas administrativas. Fue además el autor de influyentes libros sobre ética. Sin embargo, sobre todo se lo recordará por ser el máximo especialista en la obra de Aristóteles de la primera mitad del siglo xx. En una serie de ediciones magistrales, empezando por la de la *Metafísica* en 1924, demostró una fabulosa erudición, además de una brillantez intelectual y una claridad estilística excepcionales. Conocía perfectamente los grandes logros de la filología alemana del siglo xix, y bebió de ellos; pero su mayor fuerza radicaba en su profunda familiaridad con las obras de Aristóteles y en su capacidad para elucidar los textos y analizar sus argumentos. El carácter directo de su planteamiento, su rechazo de la jerga y de la pedantería, resultan de lo más atractivo.

Al margen de las grandes ediciones de textos aristotélicos —*Metafísica* (1924), *Física* (1936), *Analíticos* (1949), *Tratados breves de historia natural* (1955) y *Acerca del alma* (1961)—, Ross realizó excelentes traducciones de la *Metafísica* y la *Ética nicomaquea* en la serie de traducciones al inglés de las obras de Aristóteles publicadas por Oxford bajo la dirección del propio Ross. Su libro *Aristóteles* se publicó por vez primera en 1923 y ha sido objeto de numerosas reimpresiones.

El libro es una explicación directa de las obras de Aristóteles y ofrece resúmenes maravillosos de teorías difíciles y argumentos complicados, junto con breves pero sugerentes comentarios críticos. No es una introducción elemental para el lego en la materia: Ross da por supuesta cierta familiaridad con la terminología filosófica tradicional. Es una obra útil para tres clases de lectores. En primer lugar está el lector general interesado en saber algo de Aristóteles. Lo mejor que puede hacer es no leerlo de un tirón, ni empezar por el principio: lo más sencillo es comenzar con los capítulos sobre ética y política, para pasar luego a la filosofía de la naturaleza. En segundo lugar tenemos al estudiante universitario, que en la lectura del capítulo o de la sección de Ross que resulte de su interés hallará un buen esquema y un estupendo punto de partida para profundizar en ese aspecto de la enseñanza de Aristóteles. Por último está el profesional de la filosofía, para quien la lectura (o relectura) del libro resultará de interés y provecho, al darle ocasión de admirar la claridad expositiva, evaluar los comentarios y reflexionar sobre los caminos tomados por el estudio de Aristóteles desde que Ross escribió el texto.

Sin duda, ha habido cambios. En los últimos decenios, los estudios aristotélicos han experimentado un florecimiento notable. Diversos factores se combinan para explicar la fuerza y el carácter de este renacimiento. En las décadas de 1950 y 1960 se produjo un gran incremento en el número de filósofos contratados por las universidades en lengua inglesa. Muchos de ellos se habían formado en Oxford, el hogar de Ross, donde existía una larga y sólida tradición de estudios aristotélicos (y platónicos). En Oxford, el estudio de los clásicos se combinaba con el de la filosofía (tanto moderna como antigua), y la obra de Aristóteles se estudiaba como una obra filosófica (en lugar de literaria o histórica). Se animaba a los estudiantes de filosofía, incluidos los que no sabían leer griego, a estudiar a Platón o a Aristóteles como filósofos, a cuestionarlos o debatir sobre ellos. Así, en la nueva hornada de filósofos se despertó un entusiasmo por la filosofía griega que llevaron consigo a las universidades donde impartieron docencia. Eso explica que los estudios aristotélicos se hayan caracterizado en los últimos años tanto por ser objeto de un interés renovado (sobre todo en Estados Unidos y en Reino Unido) como por su interacción con la filosofía general.

Para satisfacer las necesidades de los filósofos que no sabían griego y de sus pupilos, se publicaron nuevas traducciones de Aristóteles, que aspiraban a una mayor exactitud y a una sensibilidad filosófica más acendrada que las antiguas. El estudio pormenorizado de Aristóteles mediante buenas traducciones se convirtió en una característica habitual de los cursos de filosofía en las universidades, y los filósofos no especializados en la Antigüedad pudieron y quisieron abordar la obra del pensador griego (como habían hecho desde siempre con la de Descartes o Kant). Algunas de las evoluciones más sorprendentes experimentadas en los últimos años por los estudios aristotélicos proceden de la influencia de ideas y tendencias surgidas en la filosofía general.

También ha habido factores externos que han contribuido a promover una animada actividad en este campo de estudio (y en otros). Las facilidades para viajar han fomentado la celebración de conferencias internacionales en las que se intercambian ideas y se leen ensayos. La rápida publicación de estos textos en revistas o en libros mantiene viva la llama intelectual; el ensayo breve, más que el libro extenso, es el lugar donde se prueban las ideas nuevas.

A continuación, voy a examinar algunos campos específicos. Empezaré con la lógica. La interpretación de la lógica formal de Aristóteles (*Analíticos primeros*) se ha visto enriquecida con la aplicación de las técnicas de la lógica matemática. La estructura de la teoría aristotélica del silogismo, así como sus limitaciones y supuestos, han quedado expuestos con una claridad y una precisión difícilmente concebibles sin dichas técnicas. El trabajo reciente con *Analíticos segundos* —la teoría aristotélica de la demostración, la definición y el conocimiento científicos— ha puesto en primer plano un texto que durante cierto tiempo había parecido extraño y poco realista. Existen similitudes o analogías asombrosas entre los métodos y los propósitos explicativos que Aristóteles atribuye al científico y los de (ciertos campos de) la ciencia contemporánea. Su última obra sobre lógica, *Tópicos*, se ocupa de los argumentos dialécticos, de toda clase de asuntos, basados en premisas únicamente probables. Ross no la tenía en alta estima: «el examen pertenece a una forma de pensar periclitada». Sin embargo, la investigación de la «lógica informal» tiene interés e importancia por sí misma: después de todo, es la lógica que rige en la mayor parte de los ar-

gumentos planteados en la vida cotidiana, en la política y en los tribunales. Asimismo, la dialéctica (y no la demostración) puede reclamar su papel como única vía para el establecimiento de los «primeros principios» en filosofía; cómo hacer tal cosa sigue siendo objeto de debate.

La *Metafísica* es el Everest de los tratados de Aristóteles. La edición de Ross, que sigue los pasos de su gran predecesor, Bonitz, ofreció una base sólida para todos los estudios posteriores. Una serie de obras recientes han puesto de relieve su influencia en la filosofía general. Tras quedar en segundo plano durante algunos años, la metafísica reapareció con fuerza, no como una materia oscura o dogmática, sino como una investigación conceptual sumamente atenta al lenguaje. Las características del filosofar de Aristóteles y de muchas de sus ideas y argumentos han hecho que la obra sea del gusto del metafísico moderno. Por ejemplo, las preguntas sobre la identidad y la individuación han estado en el centro de un gran número de investigaciones y se las ha considerado básicas para comprender tanto el lenguaje como la realidad. Aristóteles introdujo avances importantes en estas cuestiones y los estudios recientes han puesto de relieve tanto los logros como las limitaciones de su tratamiento. Tanto en este como en algunos otros campos Aristóteles suele trabajar con un número muy limitado de ejemplos y generalizar confiadamente a partir de ellos. Los filósofos modernos exploran una gama más amplia de ejemplos, lo que les permite descubrir la variedad y complejidad de los factores que determinan si esto es lo mismo que aquello.

La atención provechosa a una diversidad de ejemplos es una característica de la filosofía reciente que se debe en parte a la influencia de Wittgenstein. Otra idea asociada con él tiene un correlato aristotélico. Wittgenstein insistía en que no se podía dar una sola definición de (por ejemplo) «juego», pese a que los criterios para considerar que distintas actividades son juegos se superponen: existe un grupo de significados emparentados. Esta idea desempeña un papel central en la metafísica de Aristóteles (y no solo en ella): la palabra «sano» no significa lo mismo en «Este clima es sano» que en «Su intención es sana» o en «Esta lectura es sana», aunque los distintos significados están conectados entre sí: todos se centran en la idea de *salud*, pero remiten a ella de distintas formas. Aristóteles aplica esta idea (o «significado focal») al «ser»: hay sustancias que *son* en un

sentido primordial, mientras que las cualidades, las cantidades, etc., *son* en un sentido derivado o dependiente. Las sustancias son entes básicos; las cualidades, etc., solo existen como cualidades, etc., *de* sustancias. Estos asuntos —la naturaleza de la sustancia y su prioridad sobre otras categorías— siguen siendo objeto de debate, y la interpretación de las teorías de Aristóteles se ha vuelto más inquisitiva y sofisticada por influencia de la filosofía general.

La *Ética eudemia* se ha beneficiado de la atención de los especialistas y los filósofos en los últimos decenios. El capítulo 7 del libro de Ross es una explicación de la *Ética nicomaquea* (y es a ella a la que se refiere cuando habla de «la *Ética* de Aristóteles»). Sin embargo, como explica en el capítulo 1, existe otra versión de las enseñanzas de Aristóteles sobre la ética, a saber: la eudemia. Esta ha quedado siempre a la sombra de la nicomaquea y ha padecido el lastre de ser un texto mal establecido y apenas comentado. Recientemente, se ha publicado una edición nueva, excelente y accesible, una traducción cuidada y completada con comentarios filosóficos, y una monografía que emplea el análisis estadístico (entre otras formas de argumentación) para poner en entredicho las concepciones tradicionales sobre el valor de la *Ética eudemia* y su relación con la más conocida *Ética nicomaquea*. Estas publicaciones constituyen un trampolín para indagar en la *Ética eudemia*, lo cual transformará nuestra comprensión de la ética de Aristóteles en general.

El análisis estadístico de textos mediante ordenador resulta cada vez más fácil y habitual. Tener las obras de Aristóteles en un disco hace que el estudioso no necesite confiar tan solo en sus propios recursos cuando desea saber dónde aparece determinada palabra o frase, o dónde se encuentran pasajes paralelos. El ordenador obtiene al instante lo que Ross lograba de memoria, pero es incapaz de mostrar el buen juicio y la perspicacia filosófica que adornaban el tratamiento dado por Ross al material.

La filosofía de la mente ha sido objeto de un debate particularmente encendido desde la Segunda Guerra Mundial. En concreto, *Acerca del alma*, la breve obra de Aristóteles, ha provocado numerosas discusiones. La concepción del filósofo griego sobre el problema mente-cuerpo no está completamente clara. Rechaza el dualismo platónico y define el alma (*psyché*) como la *forma* del cuerpo vivo. Este empleo de su conocida distinción

entre forma y materia es problemático: ¿en qué se supone que consiste exactamente la relación entre sucesos psicológicos y sucesos corporales? Algunos autores han interpretado esta teoría como una especie de funcionalismo, mientras que otros han invocado con fines explicativos la relación entre un equipo informático y el programa con el que funciona. Puede parecer absurdo y anacrónico atribuir tales ideas a Aristóteles, pero las obras de algunos filósofos sobre el autor griego muestran —por oposición al enfoque tradicional de los filósofos— una total falta de inhibición a la hora de emplear ideas y terminología contemporáneas para interpretarlo, estrategia que, desde luego, ha promovido un vivo diálogo sobre su filosofía en general y sobre su filosofía de la mente en particular. La pregunta «¿Qué quería decir exactamente Aristóteles con esto?» (si es que en realidad quería decir exactamente algo) no es la única que les gusta plantear a los filósofos; otras serían: «¿Qué ideas sugiere este enunciado (inexacto u oscuro)?», ¿Qué clase de teoría podía sustentarlas?».

En esta breve Introducción no puedo hacer justicia a los logros que los especialistas y los filósofos aristotélicos han obtenido en los últimos años a partir de los cimientos que asentaron Ross y su generación. Ciertos campos se han cultivado con mayor pujanza que otros: la ética más que la política, la filosofía de la naturaleza más que la poética. Pero en todos ellos han surgido nuevos textos, traducciones, comentarios y ensayos.

No obstante, concluiré con algunas observaciones sobre dos materias menos frecuentadas. La *Retórica* no es una obra de filosofía teórica, sino un manual práctico para el orador. No se la ha estudiado lo suficiente, pese a que hay disponible una nueva y magnífica edición. El propio Ross la trata de pasada y comenta que parece «un curioso batiburrillo de crítica literaria y lógica, ética, política y jurisprudencia de segunda clase, confeccionado por una persona astuta, que sabe bien cómo jugar con la debilidad del corazón humano». Sin embargo, el texto merece atención: fue la máxima autoridad en el tema durante muchos siglos y su examen de las formas de argumentación, los tipos de carácter y las clases de emoción arroja luz sobre el tratamiento más sistemático dado por Aristóteles a estos asuntos en sus tratados estrictamente filosóficos. Además, las enseñanzas de la *Retórica* siguen siendo de utilidad para los políticos y otros oradores, como también para quienes no desean quedar atrapados en sus redes. (Ross de-

cía que la *Retórica* estaba desfasada porque los oradores actuales sacaban más partido del talento y la experiencia que de la instrucción, y que los oyentes, aunque tan propensos como siempre a dejarse llevar por la retórica, se sentían «más bien avergonzados de ello y no demasiado interesados en desentrañar el truco». Pero en nuestros tiempos los políticos hacen cola para que los enseñen a hablar en la televisión y los periodistas rivalizan por mostrar los ardides que aprenden.)

La grandeza de Aristóteles como biólogo siempre ha despertado admiración, dada la amplitud y exactitud de sus observaciones, así como la audacia y el rigor de sus teorías. Sin embargo, los filósofos rara vez han estudiado con detenimiento las ideas teóricas expuestas en sus obras sobre biología o su influencia en la filosofía general de Platón (incluida su metafísica). El capítulo que le dedica Ross brinda una buena exposición de sus aspectos esenciales e indica sus puntos problemáticos. Desde entonces, la publicación de buenos textos, de comentarios filosóficos y de ensayos imaginativos ha dado lugar a muchas ideas e interpretaciones nuevas. Cabe esperar más avances, sobre todo en la comprensión de la *Reproducción de los animales*, notable mixtura de observación empírica, argumentación dialéctica y teoría científica. En esta obra, la idea aristotélica crucial de que en todo proceso de adquisición de existencia la forma se impone a la materia obtiene su ejemplificación más vívida en el proceso de generación por el que el macho da forma a la materia proporcionada por la hembra. Con ello se añade una nueva dimensión a las exposiciones abstractas sobre la forma y la materia que se encuentran en la *Física* y la *Metafísica*.

A Ross le habría encantado saber que la obra sobre Aristóteles conocería un impulso tan vigoroso y efectivo en la segunda mitad del siglo xx y que su *Aristóteles* seguiría proporcionando una base firme para esa empresa.

ARISTÓTELES

I VIDA Y OBRA

VIDA DE ARISTÓTELES ¹

Aristóteles nació en el 384 a. C., en la pequeña localidad de Estagira, la actual Stavró, en la costa noreste de la península de Calcídica. En ocasiones se ha intentado² encontrar cierta vena no helena en su carácter y atribuirle a su nacimiento en el norte, pero Estagira era una localidad enteramente griega, colonizada desde Andros y Calcis, y en la que se hablaba una variedad del dialecto jónico. Su padre, Nicómaco, pertenecía al clan o al gremio de los asclepiadas, y parece probable³ que la familia emigrase desde Mesenia en el siglo VIII o el VII. La familia de su madre, Festis, era natural de Calcis, donde Aristóteles se refugió de sus enemigos en los últimos días de su vida. Su padre era médico y amigo de Amintas II de Macedonia, y es posible que Aristóteles pasara parte de su infancia en Pella, residencia de los reyes. Resulta razonable atribuir el interés de Aristóteles en la ciencia física y, sobre todo, en la biología al hecho de proceder de una familia de médicos. Galeno nos cuenta⁴ que las familias asclepiadas enseñaban a sus hijos el arte de la disección, y es posible que a Aristóteles se le instruyera en él; además, tal vez ayudara a su padre en sus operaciones quirúrgicas, circunstancia en la que probablemente esté el origen del rumor que lo acusaba de ser un matasanos. Sus padres murieron cuando aún era un niño y quedó al cuidado de un pariente llamado Proxeno, a cuyo hijo Nicanor adoptaría más adelante.

Con dieciocho años entró en la escuela de Platón en Atenas, donde permaneció diecinueve años, hasta la muerte de Platón. No hay por qué suponer que lo que lo llevó a la Academia fue la atracción por la vida filosófica; sencillamente, allí se impartía la mejor instrucción de toda Grecia. Sea cual sea el motivo por el que ingresó en esa escuela, es evidente que en la

filosofía de Platón encontró la influencia más determinante de su vida. No obstante, era imposible que una mente tan poderosa aceptara implícitamente todas las doctrinas de Platón. Con el paso del tiempo, Aristóteles fue cobrando certeza de la existencia de grandes diferencias entre ellos. Pero en sus obras filosóficas, a diferencia de las científicas, no hay página que no muestre la huella del platonismo. Incluso cuando ataca determinadas doctrinas platónicas, a menudo se alinea con quienes critica y les recuerda los principios que los unen.⁵ Como otros grandes hombres de la Antigüedad, fue objeto de calumnias. Con posterioridad se lo acusó de insolencia con Platón. En cierta ocasión se destacó en la defensa de Platón y este lo llamó «el lector» por excelencia y «la inteligencia de la escuela»; con el paso del tiempo, a medida que su punto de vista fue evolucionando, las relaciones con Platón debieron de resultar menos cordiales. Pero mientras vivió Platón, Aristóteles fue un miembro leal de la Academia. En un famoso pasaje,⁶ habla con delicadeza de la desagradable tarea de criticar a personas tan queridas para él como los integrantes de la escuela platónica.

Sin embargo, no debemos suponer que durante esos veinte años fue un simple alumno. Las antiguas escuelas de filosofía estaban formadas por hombres unidos por un espíritu común que compartían una serie de ideas fundamentales, pero cada cual seguía sus propias investigaciones con relativa independencia. En particular, es permisible suponer que durante esos años Aristóteles llevó sus estudios de ciencias naturales a un punto mucho más avanzado de lo que Platón o cualquier otro miembro de la escuela podrían haberlo impulsado. Al parecer, también daba clases, pero quizá tan solo de retórica, y en oposición a Isócrates. Aunque no parece que estudiara con este, el estilo literario de Aristóteles, sencillo y ajustado, tan adecuado para la transmisión exacta y concisa de las ideas, hasta alcanzar una sobriedad impresionante,⁷ debe mucho a «aquel anciano elocuente», cuya influencia en el estilo griego y latino fue tan grande. A ningún otro autor (salvo a Homero) cita tan a menudo en la *Retórica*. Pero coincidía con Platón en despreciar la pobreza del pensamiento de Isócrates y la primacía que otorgaba al efecto del discurso sobre la búsqueda de la verdad, lo que en su juventud lo llevó a criticarlo de una forma que dolió profundamente dentro de la escuela isocrática. Varios de sus escritos perdidos probablemente pertenezcan a este período, en el que exponía de una forma más o menos

accesible al gran público principios filosóficos que poco tenían de originales. Por otra parte, parece que fue también en ese período cuando dio comienzo a algunas de sus obras conservadas.

Cuando, en el 348-347 a. C., a Platón lo sucedió Espeusipo, representante de las tendencias del platonismo menos satisfactorias para Aristóteles —en particular la de «convertir la filosofía en matemáticas»—,⁸ sin duda no se sintió con ánimos para seguir en la escuela; tampoco, en apariencia, tenía intención alguna de crear una escuela propia. También es posible que el estallido de un sentimiento antimacedonio en Atenas a causa de la caída de Olinto y la destrucción de la confederación griega hiciera de Atenas un lugar de residencia poco grato para un forastero con vínculos macedonios; pero esas razones no podían haber influido en Jenócrates, el compañero de escuela que lo acompañó en su marcha de la ciudad. Cualesquiera que fuesen sus motivos, aceptó la invitación de Hermias, antiguo condiscípulo de la Academia, que había pasado de ser esclavo a convertirse en gobernante de Atarneo y Aso, en Misia, y se había rodeado de un pequeño círculo platónico. Allí pasó Aristóteles unos tres años. Se casó con Pitias, sobrina e hija adoptiva de Hermias, que le dio una hija del mismo nombre y al parecer murió cuando Aristóteles volvió a Atenas. Tras la muerte de Pitias, Aristóteles comenzó una larga, afectuosa y permanente (aunque no legalizada) relación con Herpili, y tuvo con ella un hijo, Nicómaco, que dio nombre a la *Ética nicomaquea*.

Al cabo de esos tres años, Aristóteles se trasladó a Mitilene, en la vecina isla de Lesbos. No sabemos qué lo llevó allí, pero parece probable que Teofrasto, oriundo de la isla y compañero suyo en la Academia, le encontrase una residencia conveniente. A su período en Aso, y más aún al de Mitilene, pertenecen muchas de sus investigaciones en el campo de la biología; sus obras se refieren con mucha frecuencia a hechos de la historia natural observados en la región, y más concretamente en la laguna insular de Pirra.⁹

Se ha dicho que una referencia hecha por Isócrates¹⁰ aproximadamente en esta época a los filósofos advenedizos que se habían establecido en el Liceo y lo habían tratado con falta de respeto iba dirigida, entre otros, a Aristóteles; de ser así, este tuvo que hacer una visita a Atenas de la que nada dicen los biógrafos de la Antigüedad. Pero la conjetura parece infundada. En el 343-342, Filipo de Macedonia, que probablemente había conocido a Aristóteles cuando los dos eran niños y sin duda sabía de él por

Hermias, lo invitó a ocuparse de la educación de Alejandro, que entonces contaba trece años. Aristóteles, deseoso de renovar sus antiguos vínculos con la corte macedonia y que concedía, como se aprecia en la *Política*, gran importancia a la formación de los futuros gobernantes, aceptó la oferta. La posición le dio influencia en la corte y le permitió interceder con éxito en nombre de Estagira, Atenas y Ereso, ciudad natal de Teofrasto, quien lo acompañó a Pella. Poco o nada se sabe de la instrucción que impartió a su distinguido pupilo. Probablemente, su principal materia sería Homero y los dramaturgos, fundamentos de la educación griega; se dice que Aristóteles revisó el texto de la *Iliada* para Alejandro. Pero su alumno tenía edad suficiente para beneficiarse de enseñanzas más avanzadas. En particular, Aristóteles debió de examinar con él los deberes de los gobernantes y el arte del gobierno. Compuso para Alejandro las obras *Sobre la monarquía* y *Sobre las colonias*, asuntos de especial interés para quien llegaría a ser el mayor de los reyes y colonizadores griegos. Podemos pensar que fue durante su estancia con Alejandro —primero en Pella y más tarde en el castillo real de Mieza, en sus alrededores— cuando Aristóteles adquirió un interés especial en las cuestiones políticas y concibió la idea de su gran colección de *Constituciones*. El genio de Alejandro lo llevó a vivir una vida de acción, no de estudio; a la subyugación de Asia, contra la que Aristóteles había advertido a Filipo, y al intento, alejado de la creencia de Aristóteles en la superioridad incuestionable de los griegos sobre los bárbaros, de fundir la civilización griega con la oriental. Parece que la relación entre ambos nunca cesó del todo, pero no hay señales de que existiera una intimidad real después de que la educación de Alejandro concluyera, al ser nombrado regente de su padre en 340 a. C. Después, es probable que Aristóteles se asentase en Estagira. Sin duda, fue durante su estancia con Alejandro cuando trabó su amistad más duradera con un macedonio, la que le unió a Antípato, a quien Alejandro pronto nombraría regente durante su estancia en Asia, con lo cual le convirtió en el hombre más importante de Grecia.¹¹

En 335-334, poco después de la muerte de Filipo, Aristóteles volvió a Atenas. Comienza entonces el período más fructífero de su vida. Fuera de la ciudad, al noreste, probablemente entre el monte Licabeto y el río Iliso, había un bosquecillo consagrado a Apolo Licio y a las musas, muy frecuentado antaño por Sócrates.¹² Allí arrendó Aristóteles algunas casas¹³

—al ser forastero, no podía comprarlas— y fundó su escuela. Allí, todas las mañanas, se paseaba arriba y abajo con sus pupilos¹⁴ por los pórticos o entre los árboles, hablando de las cuestiones filosóficas más abstrusas; por la tarde exponía asuntos menos difíciles ante un auditorio más amplio. Eso explica la existencia de una antigua tradición que distingue entre los discursos acroamáticos o avanzados y los discursos exotéricos o populares. Sin duda, no es una distinción demasiado sólida, pero no señala, como se ha pensado en ocasiones, la existencia de un elemento místico en los discursos acroamáticos, o la sustracción de una parte de verdad al público. Las cuestiones más abstractas —lógica, física y metafísica— requerían un estudio más intenso e interesaban a un número de gente mucho menor, mientras que temas como la retórica, la sofística o la política respondían a una demanda más amplia y se podían exponer de una forma más accesible.¹⁵

Probablemente fue también allí donde Aristóteles reunió varios cientos de manuscritos, con lo que creó la primera de todas las grandes bibliotecas y el modelo para las de Alejandría y Pérgamo, así como cierto número de mapas y un museo de objetos para ilustrar sus clases, en especial las de historia natural. Se dice que Alejandro le dio ochocientos talentos para permitirle crear su colección y que dio orden de que todos los cazadores, pajareros y pescadores del imperio macedonio informaran a Aristóteles de cualquier hallazgo que pudiera tener interés científico. Sin duda, la suma es exagerada, y el conocimiento que Aristóteles tenía de las partes más remotas del imperio no es el que cabría esperar de haberse dado esa orden, pero es probable que la historia tenga cierto fundamento. Tenemos noticia de que Aristóteles impuso un reglamento en la escuela, en virtud del cual, por ejemplo, los miembros se turnaban cada diez días para «gobernarla», cosa que probablemente significara que, durante ese período, una persona llevaba la voz cantante y defendía determinadas tesis contra todas las demás, costumbre que llegaría a ser común en las universidades medievales.¹⁶ También tenemos noticias de que todos los miembros comían juntos y de que una vez al mes se celebraba un simposio bajo la guía de Aristóteles. Sin embargo, de la obra de la escuela, de la división del trabajo en ella, apenas sabemos nada. Es probable que Aristóteles elaborara en su mayor parte los apuntes para sus clases —base de las obras que han llegado hasta nosotros— durante los doce o trece años en que estuvo al frente del Liceo; el esfuerzo intelectual

tual e investigador que entrañan, aun cuando supongamos que algunos trabajos preparatorios corrían a cargo de los estudiantes, demuestran una energía espiritual que tal vez no tenga parangón. En este período, Aristóteles fijó las líneas esenciales de la clasificación de las ciencias tal y como todavía se conserva, e hizo que casi todas avanzaran hasta un punto al que nunca habían llegado; de algunas, como la lógica,¹⁷ podría afirmarse con justicia que no había tenido predecesores, del mismo modo que durante varios siglos no tuvo ningún sucesor que estuviera a su altura. Y al mismo tiempo la escuela, con su interés en materias prácticas como la ética y la política, ejercía una influencia en la vida cotidiana comparable a la de Sócrates y Platón y mucho mayor que la de los estudiosos enclaustrados entonces en la Academia.

A la muerte de Alejandro, en 323 a. C., Atenas volvió a verse sacudida por el estallido de un sentimiento antimacedonio, y los vínculos de Aristóteles con los macedonios lo convirtieron en objeto de sospechas. Es posible que la hostilidad hacia él que sentían las escuelas platónica e isocrática provocara una conspiración política contra él. En todo caso, se planteó en su contra una acusación absurda de impiedad, basada en un himno y un epitafio que había escrito para Hermias. Determinado a no dejar que los atenienses «pecaran dos veces contra la filosofía»,¹⁸ dejó la escuela en manos de Teofrasto y se marchó a Calcis, bastión bajo influencia macedonia. Allí murió en 322, de una enfermedad de la que sufría desde hacía mucho. Diógenes nos ha transmitido su testamento, en el que dispone con detalle todo lo relativo a sus parientes, impide la venta de sus esclavos y pone en práctica una de las recomendaciones de la *Política*, al disponer la emancipación de varios de ellos. A veces nos inclinamos a pensar en Aristóteles como un simple intelecto, pero su testamento brinda la más clara evidencia de un carácter afectuoso y agradecido.

Poco se sabe de su aspecto o de su estilo de vida.¹⁹ Una tradición verosímil lo describe calvo, de piernas delgadas, con ojos pequeños y un ligero ceceo, siempre bien vestido. La malevolencia de sus enemigos lo representaba como un ser afeminado y sin freno. A lo que sí podemos dar crédito, a la vista de sus opiniones, es a la afirmación de que sus hábitos no eran ascéticos. También se dice que su rostro reflejaba su inclinación a la socarronería; Diógenes Laercio nos ha transmitido varias frases que indican un vivo ingenio.

LAS OBRAS DE ARISTÓTELES

La obra literaria de Aristóteles se puede dividir en tres grandes secciones: la primera agrupa trabajos de carácter más o menos sencillo, publicados por él mismo; la segunda, son memorias y colecciones de materiales para tratados científicos; la tercera, reúne las obras científicas. Aparte de *La constitución de los atenienses*, todo el corpus de sus obras, en la que medida en que es auténtico, pertenece a la tercera clase. Conocemos las otras solo por los fragmentos preservados en autores antiguos y en tres listas transmitidas por la Antigüedad. De ellas, la más antigua es la de Diógenes Laercio (comienzos del siglo III d. C.).²⁰ Comienza con diecinueve obras de carácter popular, casi todas escritas en forma de diálogo, al modo platónico. Al parecer, los diálogos de Aristóteles eran menos espectaculares que los de Platón, pero sin duda estaban escritos con mayor cuidado en cuanto al efecto literario que las obras conservadas, y debieron de ser ellos los que hicieron que Cicerón elogiara su *flumen orationis aureum*²¹ y Quintiliano su *eloquendi suavitas*.²² Resulta natural suponer que su empleo de esta forma compositiva databa de una época temprana de su vida, cuando aún era miembro de la escuela de Platón, como confirman los títulos de algunos de los diálogos —*Político, Sofista, Menexeno, Simposio*— y el carácter generalmente platónico de sus asuntos. Entre los diálogos más antiguos probablemente se contara *Sobre la retórica*, conocido también como *Grillo*. Grillo era el hijo de Jenofonte que cayó en la batalla de Mantinea (362-361 a. C.) y es probable que la fecha de composición de la obra no sea muy posterior. Otro diálogo temprano era *Eudemo o sobre el alma*, cuyo nombre procede de un amigo de Aristóteles, Eudemo de Chipre, quien murió en 354-353. Seguía de cerca el modelo del *Fedón* y aceptaba sin cuestionarlas las doctrinas platónicas de la preexistencia, la transmigración y la remembranza. Al mismo período probablemente pertenezca *Protréptico*,²³ exhortación a la vida filosófica dirigida al príncipe chipriota Temisión, que gozó de gran popularidad en la Antigüedad y proporcionó a Jámbrico materiales para su propio *Protréptico* y a Cicerón un modelo para su *Hortensio*. A una fecha posterior debe de pertenecer *Sobre la filosofía*, explicación del progreso de la humanidad, de espíritu, en gran medida platónico, pero que se apartaba de Platón al afirmar la preexistencia eterna del mundo y se oponía ya categóricamente a la teoría de las ideas y los números ideales. El diálogo

es contemporáneo de las primeras partes de la *Metafísica*. A un período más tardío, correspondiente (o incluso posterior) a su estancia en la corte macedonia, pertenecen *Alejandro o sobre las colonias* (¿los colonos?) y *Sobre la monarquía*. Otros diálogos de los que apenas se conocen más que los nombres son *Sobre la justicia*, *Sobre los poetas*, *Sobre la riqueza*, *Sobre la oración*, *Sobre la nobleza de nacimiento*, *Sobre la educación*, *Sobre el placer*, *Nerinto* y *Erótico*.

Junto a estas obras cabe citar sus poemas, de los que nos han llegado tres, y sus cartas. Entre los fragmentos de estas últimas, los textos dirigidos a Antípatro parecen a todas luces auténticos.

Poco hay que decir de las memorias, las colecciones de materiales²⁴ y las obras científicas perdidas. Más de doscientos títulos de obras que en la época se creían de Aristóteles se han conservado en los tres catálogos antiguos. Sin embargo, hay muchos títulos repetidos, y todo hace suponer que las listas enumeran manuscritos sueltos, más que libros. Muchas entradas de la lista de Diógenes Laercio ofrecen títulos que a primera vista resultan desconocidos, pero que sin embargo se refieren a partes de obras conservadas.²⁵ Sobre esta relación, cabe señalar que las obras más largas que se han conservado no constituyen todos unitarios, sino que son colecciones de ensayos sobre temas relacionados entre sí, y que cada uno de ellos son las unidades originales, unidos bien por Aristóteles, bien (como en el caso de la *Metafísica*) por sus editores.²⁶ Los autores antiguos citan en ocasiones fragmentos considerables de algunas obras perdidas, en cuyo caso es posible formarse una idea precisa de su asunto. Al menos una obra genuina ha llegado hasta nosotros, al parecer, en forma abreviada.²⁷ Se han empleado muchas energías, y desde luego no sin resultado, para rastrear probables conexiones entre las obras perdidas y las conservadas. Sin embargo, estas bastan para darnos una idea comprehensiva de la variedad de materias que abordó Aristóteles, aunque no de su inmensa actividad literaria.

Entre las obras conservadas, hablaremos en primer lugar de los tratados lógicos conocidos, al menos desde el siglo vi, como *Órganon* o instrumento de pensamiento. La primera de ellas, conforme al orden habitual, es *Categorías*. Se ha puesto en entredicho su autenticidad. No existen referencias claras a este trabajo en las obras de Aristóteles sobre cuya autoría no hay duda. Sin embargo, en la Antigüedad se la consideró indiscutiblemente genuina²⁸ y en calidad de tal fue abordada por una serie de comentaristas,

empezando por Porfirio, en el siglo III d. C.; de hecho, las pruebas sobre su autenticidad se remontan a Andrónico (comienzos del siglo I a. C.).²⁹ Los argumentos esgrimidos contra ella desde el punto de vista de la teoría aristotélica no son concluyentes;³⁰ su sintaxis³¹ y su estilo son absolutamente aristotélicos. Los últimos seis capítulos, sobre los llamados pospredicamentos, presentan ciertas diferencias con el resto de la obra. Andrónico los encontraba sospechosos, y son ajenos al propósito del libro, aunque no es descartable que sean obra de Aristóteles.

Andrónico sospechaba de la autenticidad de *Sobre la interpretación*, al parecer³² sobre la base de una referencia³³ a *Acerca del alma* que no corresponde a ningún enunciado de ese texto. Sin embargo, hay muchas referencias similares en obras indudablemente genuinas de Aristóteles, y existe más de una forma de explicarlas. Existen sólidas pruebas externas de su autenticidad; Teofrasto y Eudemo escribieron libros que parecen presuponerla, y Ammonio nos informa de que solo Andrónico dudaba de su autenticidad.³⁴ Por último, su estilo y sintaxis resultan enteramente aristotélicos. Lo único que realmente cabe argumentar en su contra es que reviste en gran medida un carácter elemental, pero no cabe duda de que Aristóteles también impartía clases de ese tipo.³⁵

Analíticos primeros y *Analíticos segundos* son a todas luces genuinos, así como *Tópicos*³⁶ y *Sobre las refutaciones sofísticas*. Aristóteles cita esta última obra con el nombre de *Tópicos*, y su pasaje conclusivo es un epílogo a todo lo abordado en *Tópicos*.

Los tratados sobre física comienzan con un grupo de obras indudablemente genuinas: *Física*, *Acerca del cielo*, *Acerca de la generación y la corrupción* y *Meteorológicos*. La *Física* era en origen dos tratados independientes: el primero corresponde a los libros I-IV y el segundo a los libros V, VI y VIII. No en vano, Aristóteles suele referirse al primer grupo como la *Física* o los libros *Sobre la naturaleza* y al segundo como los libros *Sobre el movimiento*, y existen numerosos rastros de esta distinción entre los peripatéticos posteriores. Pero también emplea el término *Física* en referencia no solo a los últimos libros, sino a otros tratados sobre la materia. En su revisión de la obra, Eudemo dejó aparte el libro VII, que presenta el carácter de unas notas preliminares.³⁷ En cuanto a *Meteorológicos*, es casi seguro que el libro IV no es auténtico,³⁸ y posiblemente ocupe el lugar de otro perdido.

Sobre el mundo, el siguiente tratado del corpus, no presenta nada que permita afirmar la autoría de Aristóteles. Es una obra de filosofía popular que combina, junto con numerosos elementos propios de la teoría aristotélica, muchos otros de origen estoico, y que en particular debe mucho a Posidonio. Cabe situar la fecha de su composición entre el 50 a. C. y el 100 d. C.

A continuación viene una serie de obras auténticas sobre psicología: *Acerca del alma* y las obras conocidas con el nombre colectivo de *Tratados breves de historia natural*, a saber, *Acerca de la sensación y de lo sensible*, *Acerca de la memoria y de la reminiscencia*, *Acerca del sueño y de la vigilia*, *Acerca de los ensueños*, *Acerca de la adivinación por el sueño*, *Acerca de la longevidad y de la brevedad de la vida* y *Acerca de la juventud y de la vejez, de la vida y de la muerte, y de la respiración*. Los editores titularon *Sobre la juventud y la vejez* los dos primeros dos capítulos de *Acerca de la longevidad y de la brevedad de la vida*, pero, aunque Aristóteles promete en alguna parte un texto sobre el asunto, probablemente nunca la escribiera. De lo que no cabe duda alguna es de que esos dos capítulos no lo abordan.

Sobre el espíritu, última de esas obras psicológicas, no es de Aristóteles, pues recoge la distinción entre venas y arterias, desconocida para él. El tratado parece plasmar las enseñanzas del famoso médico Erasístrato y tal vez pueda fecharse hacia el 250 a. C.

A continuación figura un grupo de obras sobre historia natural. De la primera de ellas, *Investigación sobre los animales*, el libro X, y probablemente también los libros VII, VIII 21-30 y IX son espurios, y todo indica que su composición data del siglo III a. C. El tratado es una colección de hechos a la que sigue una serie de obras en las que Aristóteles presenta las teorías que ha elaborado a partir de ellos. La primera de esas obras es *Partes de los animales*, cuyo primer libro es una introducción general a la biología. Muchos especialistas han considerado apócrifa *Movimiento de los animales*, fundamentalmente por una supuesta referencia a ella en *Sobre el espíritu*,³⁹ pero en la actualidad se la considera genuina; su estilo es aristotélico⁴⁰ y sus temas no son indignos del maestro. *Marcha de los animales* y *Reproducción de los animales* son indudablemente auténticos; el último libro de este tratado es un epílogo a *Partes de los animales* y a *Acerca de la generación y la corrupción*.

Tras las obras sobre biología se encuentran varios tratados espurios. *De los colores* se ha atribuido a Teofrasto y a Estratón, a quien también se ha